

El vagabundo con talento

En una gran ciudad, con muchos turistas y una gran playa, vivía un vagabundo con mucho talento. Su talento no era ni hacer malabares, ni cantar ni bailar, ni tocar algún instrumento; él construía grandes y preciosas esculturas de arena. Cada día construía una nueva y diferente, y de eso se ganaba la vida. Había días en los que construía mejores esculturas y otros días peores, pero siempre solía ganar el mismo dinero que le daban los turistas.

Él vivía en un pequeño apartamento cerca de la playa, con una habitación, un baño y un pequeño salón con una diminuta cocina acoplada.

El vagabundo se pasaba gran parte del día en la playa recogiendo las monedas que le daban los turistas y haciendo esculturas de arena. Cada tarde, sobre las siete, se quedaba mirando el mar sentado en una caja de madera, ya que los turistas se marchaban a cenar. Y así todos los días de su vida.

Un martes a las seis de la mañana estaba haciendo una escultura como habitualmente, pero ese día no era como los demás; había alguien paseando por la avenida. Era un señor con un traje muy elegante. El señor se le acercó y le ofreció un contrato para trabajar como escultor en una empresa muy famosa. El vagabundo aceptó sin pensárselo dos veces.

Un año después el vagabundo se había convertido en un escultor multimillonario, haciendo una de las esculturas más famosas del mundo y ayudando a pequeños escultores a hacerse grandes escultores.

Adrián Jorge Soler, 7A